

Y prorumpe de este modo,  
Hecho el corazon pedazos,  
Y con voz trémula y honda,  
Que era doloroso el paso.

REV.

Almirante de Aragon,  
Las cinco flores de lis  
Ganadas en San Dionís,  
Os concedo por blason.

Y liso quede el escudo  
Del duque de Normandía,  
Ya que por su estrella impía,  
Guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido  
Resonó murmurio infausto,  
Y de púrpura y de azufre  
Los semblantes se bañaron.

El Almirante impertérrito  
Subió con desembarazo  
Las cuatro gradas del trono,  
Y le dijo al Soberano:

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, señor,  
Y sabed que no ha perdido  
El tiempo que lo he tenido,  
Su gloria ni su esplendor.

El Duque, irritado y fiero,  
Dijo entre los cortesanos,  
Que su padre no podia  
Inferirle tal agravio.

Y:—*C'est mal donné!*—gritaba,  
*C'est mal donné!* despechado,  
Y oyéndolo el Almirante  
Contestóle sin mirarlo:

ALMIRANTE.

Para que más satisfecho  
Mi honor hoy pueda quedar,  
Tambien quiero perpetuar  
Ese imprudente despecho.

Y aunque el de *Aldana* acatado  
En toda la tierra ha sido,  
Desde hoy será el apellido  
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1872.



LEYENDA TERCERA

## EL ANIVERSARIO

A mi hijo Enrique

*Ossa arida, audite verbum Domini.  
EZECHIEL, prof.*

I.—LA VELADA

Hundiéndose en los mares de Occidente  
Tras de las lomas áridas y adustas,  
Lindes de Lusitania y de Castilla,  
Un sol de otoño, entre rosadas brumas,

Recortó con sus últimos destellos  
Las altas frentes y erizadas puntas  
De las torres y montes convecinos,  
Que á Badajoz defienden y circundan.

Y en cuya catedral los sacros bronce,  
Que en la region de las tormentas zumban,  
Para el sol venidero le anunciaron  
Festividad solemne y pompa augusta.

Las del aniversario de aquel dia  
En que el séptimo Alfonso, de la furia  
Y del poder triunfando sarraceno  
Expugnó á Badajoz tras larga lucha.

Y en que purificando su mezquita  
Del falso rito y prácticas inmundas,

Del Gólgota á la enseña triunfadora  
Maldita se humilló la media luna.

De la insigne ciudad voto solemne  
Aquel festejo popular, que aun dura,  
Fundó de gratitud en homenaje,  
Sin que dejara de cumplirlo nunca.

Y desde la conquista memoranda  
Tendido habian al paso dos centurias,  
Hasta el suceso grande y misterioso,  
Que hoy quiere recordar mi humilde pluma.

Del alto campanario el gran rimbombe  
De gozo la ciudad mísera inunda,  
Que bien ha menester de regocijos  
Despues de un año de dolor y angustias.

De un año de ansiedad y de miseria  
En que la tuvo la enconada pugna

De dos linajes nobles y ambiciosos,  
De Badajoz azote y amargura:

*Portugaleses*, lusitana estirpe,  
Y *Bejaranos*, extremeña alcurnia:  
Rivales poderosos, que el dominio  
De la infeliz ciudad fieros disputan;

Y que poner en paz don Sancho el Bravo  
Logró hace poco con prudencia suma,  
Gozando el pueblo, aunque por breves horas,  
De tal monarca la presencia augusta.

¡Quiera el cielo que dure aquella calma,  
Y que no quede en la ceniza oculta  
Pequeña chispa, que, tomando cuerpo,  
Los pasados incendios reproduzca!

Por las calles y plazas la nobleza  
Mézclase afable á la plebeya turba,  
Y unidos los hidalgos y pecheros  
La velada alegrar todos procuran.

Del alguacil ó arquero nadie teme  
En tal noche insolencia inoportuna,  
Ni que el toque obligado de la queda  
Venga á dar fin á la funcion nocturna.

Con matizadas telas los balcones  
Y luminarias á la noche insultan,  
Y suenan por doquiera tamboriles,  
Rabeles, pitos, flautas y bandurrias.

Mas el centro comun de aquella fiesta,  
Donde la gente principal se agrupa,  
Es de la catedral la extensa plaza,  
Que adornan arcos de ramaje y murta.

Arde en su centro rutilante hoguera,  
Y sobre su pirámide, que ondula,  
De fácil llama, saltan los muchachos  
Con tal audacia, que mirarlo asusta.

Aquel rojo esplendor la plaza llena,  
Refleja del gran templo en las columnas,  
En las lejanas torres, en las casas,  
En los humanos rostros que circulan;

Y si con viva luz perfila y corta  
Cuanto alcanza en reedor, sombras oscuras  
Causa tambien, tan vagas, tan movibles,  
Que con formas fantásticas lo abulta.

Allá en los soportales se establecen  
Puestos mezquinos de confites, frutas,  
Licor, torrados, nueces, chucherías,  
Y á un tiempo gritos mil su venta anuncian.

El aceite en que hierven los buñuelos  
Infesta el aire más que lo perfuma,  
Los populares cánticos lo aturden,  
Con voces discordantes y confusas.

Avanza ya la noche, á paso lento  
Entre celajes al zenit la luna,  
Pero aun no es el concurso numeroso,  
Ni aun reinan confusion y baraunda:

Pues va á salir enmaromado un toro,  
Y la gente juiciosa, y la machucha,  
Y las damas no quieren un tropiezo  
Con quien no acata canas ni hermosura.

Sólo la gente jóven y los guapos,  
Con algazara por las calles cruzan,  
Mientras que los balcones y las rejas  
Las mujeres solícitas ocupan.

Que el feroz animal ya sale avisan,  
Gritos, carreras, luminarias, bulla,  
Y muchos, que en las calles y las plazas  
De valientes la echaban, se atribulan,

Y algun portal, ó pilaron, ó verja  
Para esconderse demudados buscan:  
Que es una cosa el esperar al toro,  
Y otra quedarse cuando asoma y bufa.

Con una lengua sogá, en que se ensartan  
Chulos, pillos, borrachos y granuja,  
Y al animal por el testuz sujeta  
Para impedirle que se ponga en fuga,

Un guadianeño buey enorme, blanco,  
De inmensa y reforzada cornadura,  
Corre, atropella, embiste, retrocede,  
Retemblando la tierra á sus pezuñas.

Unos huyendo súbense á las rejas,  
Mas las damas de adentro, si son chuscas,  
Para obligarlos á volver al riesgo,  
Los vejan, los pellizcan, los empujan.

Otros al paso al fiero buey recortan  
Con garbo y gentileza, y con que alguna  
Flor ó cinta se ganan, como en premio  
De su serenidad, arte y bravura.

Tambien hay quien con gracia y gentileza  
Manejando la capa á la andaluza,  
Y consiguiendo estrepitoso aplauso,  
Al feroz animal engaña y burla.

Pero tal vez algunos por el aire  
Vuelan á impulso de las corvas puntas,  
O por tierra revuélcanse, las ropas  
Y las carnes tambien rotas y sucias.

Tal sucedió al Alcalde. ¡Desdichado!  
Con vara, con linterna, y con la chusma  
De alguaciles detrás, la ronda hacia,  
Léjos del toro, y léjos de trifulcas,

Cuando el vil animal volvió de pronto,  
De un rehilete huyendo que le punza,  
Atropello de pillos la gran sarta  
Que dejan la maroma por la fuga,

Y tomando una oscura callejuela,  
Tal vez del campo y de reposo en busca,  
Tropezó con la ronda de improviso,  
Y fué justo que hiciera de las suyas.

Llevó buen revolcon el pobre Alcalde,  
Y alta grita además, que la gentuza

¡Villana propension! aplaude siempre  
Que al que manda le espeten una tunda.

Afortunadamente no fué cosa,  
Y salió sin lesion de tanta angustia,  
Con varios desgarrones en la capa  
Y maldiciendo tan pesadas burlas.

Este incidente, y que la media noche  
Ya la campana de la vela anuncia,  
Volver al toro hicieron á su establo,  
Dando al demonio la ovacion nocturna.

Entónces, sí, que calles y que plazas  
Honradas fueron por la gente culta,  
Y por damas gallardas y galanes,  
Con ricas vestes y pintadas plumas.

Empezó la funcion á ser más noble,  
Sino tan bulliciosa, y las bandurrias,  
Vihuelas, menestriles y panderos  
Sones de danza armónicos modulan.

Doncellas de alto fuste entónces salen,  
Y del contento general disfrutan,  
Luciendo ricas y elegantes galas,  
Que su beldad y su linaje ilustran.

Mas entre todas ellas descollando,  
Como erguido ciprés entre las murtas,  
Como azucena en medio de las flores,  
Como entre las estrellas la alma luna;

Y la atencion universal llamando,  
Y calle abriendo respetosa turba,

## II.—EL EMBOZADO—LA DAMA—EL RAPTO

En un rincon de la plaza  
Detrás de unos pilarones,  
Que cortaban de la hoguera  
El paso á los resplandores,

Un siniestro grupo forman,  
Bañado en sombra, tres hombres,  
Envueltos en capas negras  
Que ocultan luengos estoques.

Con el embozo el semblante  
Hasta las cejas esconden,  
Y calados los birretes,  
En silencio están inmóvil.

El uno de cuando en cuando  
Con gran recato se pone  
A observar cuanto en la plaza  
Acontece aquella noche.

Y cuando su rostro asoma  
Y á la roja luz lo expone,  
Brillanle en dos ojos negros  
Dos relámpagos atroces.

Al ver llegar tan gallarda  
A doña Leonor, quedóse  
Como encantado un momento,  
Y en temblor convulso rompe.

Doña Leonor de Bejarano llega,  
Preconizada Sol de Extremadura.

Son sus ojos luceros rutilantes,  
Que á los del cielo con su lumbré ofuscan,  
Ebano son las trenzas y los rizos  
Que por su cuello de marfil undulan,

Soberana su altiva gentileza,  
Y su rostro el compendio en que se juntan  
Gracia, beldad, modestia, altanería,  
Alto talento, y discrecion profunda.

Tendió con inquietud la vista en torno,  
Como quien algo que le importa busca,  
Y en un sillón que colocara un paje  
Sobre una alfombra de labor moruna,

Sentóse, de sus dueñas circundada,  
Con modestia y con noble compostura.  
El concurso la admira y la contempla,  
Y damas y galanes la saludan.

Y los *Portugaleses* en su obsequio  
Más asiduos mostrándose que nunca  
Cercáronla cortesés elogiando  
Sus gracias, joyas, talle y hermosura.

Sus extremos y el ver que en el concurso  
Las señoras no están de aquella alcurnia,  
Y que á doña Leonor le dejan sola  
Ser reina del festejo, inspira alguna

Sospecha en los astutos y medrosos  
De que la enemistad aun arda oculta  
De ambos linajes y que aun pueda un día  
La paz romper que Badajoz disfruta.

Retírase, y en voz baja,  
Pero en la cual se conoce  
Gran turbacion, de este modo  
Dice á los dos que le oyen:

«Ya está en la plaza... ¡Oh cuán bella!..  
...Sus ojos como dos soles  
Ha girado en busca mia.  
... Me lo dice el alma á voces.»

Uno de los dos, del brazo  
Lo sacude y le interrumpe,  
Con acento que parece  
Satánico acento: «Jóven,

»Si ella te ama y tú lo sabes,  
Y te la niegan feroces  
El padre y hermanos, sólo  
Por los antiguos rencores,

»Con tu espada y con tu esfuerzo  
Tu amor ardiente se logre.  
Y queden los *Bejaranos*  
Hundidos de un solo golpe.»

Tiembla el mancebo un instante,  
Que la importancia conoce  
Del consejo, y decidido  
De esta manera responde:

«Si ese desdeñado novio  
Que su familia le impone,  
Porque es del Rey favorito,  
Baila con ella esta noche,  
»Será, os juro por mi sangre,  
Rayo abrasador mi estoque;  
Y de los *Portugaleses*  
Restablecido el renombre.»  
El otro que hondo silencio  
Guardó tenaz hasta entónces,  
Y que de los tres mostraba  
Ser el más viejo en su porte,  
«Hablas (le dijo), cual debe  
Hablar en tu caso un noble.  
Bailará, sí, no lo dudes,  
Haz lo que te cumple entónces.  
»Pues preparado está todo  
Con tal secreto y tal orden  
Que doña Leonor tu esposa  
Será, aunque lo impida el orbe.»  
Tornan á hundirse en silencio  
Los tres, y á quedarse inmóviles.  
Y atento la plaza observa  
Con grande ansiedad el jóven.

Aquel grosero bullicio  
Y atronadora alegría,  
Que en las fiestas populares  
Nos aturde y nos fastidia;  
Y la confusion de gentes  
Incultas y poco limpias,  
Que nos sofoca y estrecha  
La diversion nos quita,  
Ya de la alegre velada  
Desaparecido habian,  
Para aparecer de nuevo  
Al celebrarse la misa.  
Y aquel tropel de borrachos  
Y de chicos y de chicas,  
Que disgustos causan sólo  
Y desazones y riñas,  
Tambien rendido ó disperso  
En hondo sueño yacia,  
Dejando la extensa plaza  
Más desahogada y tranquila.  
No incomodaba la hoguera,  
Ya leve llama y ceniza,  
Y sólo de los balcones  
Las luminarias ardian;  
Cuyo fulgor combinado  
Con el que argentada y limpia  
En zenit daba la luna  
Entre blancas nubecillas,  
Tomaba una luz tan grata,  
Ya plateada, ya rojiza,

Y una claridad tan dulce,  
Tan templada, tan benigna,  
Que de mágica apariencia  
La extensa plaza vestia,  
Dando más realce á la gala,  
Y más encanto á las lindas.  
Los sonoros instrumentos  
Armonizaban las brisas,  
Y el baile duraba alegre  
Entre las personas finas.  
¡Qué matizados ropajes,  
Cuánta pluma, cuánta cinta  
La plaza, como las flores  
El verjel risueño, pintan!  
¡En cuántas lucientes joyas,  
De las estrellas envidia,  
Las antorchas y la luna  
Relampaguean y brillan!  
¡Cuántos ojos hechiceros  
Abrasan á los que miran  
Con los ardientes vislumbres  
De sus alevés pupilas!  
¡Cuánto delicado talle,  
Que al laurel gallardo imita,  
Cuando el céfiro halagüeño  
En el jardín lo acaricia,  
Arrebata corazones,  
Y voluntades cautiva!  
¡Qué atmósfera deliciosa  
En Badajoz se respira!

Ninguna dama desdeña  
Por encumbrada y altiva  
Tomar ya parte en la danza,  
Mostrando su gallardía,  
Con los nobles caballeros  
Que obsequiosos las convidan,  
Para que luzcan su garbo,  
Y ostenten sus galas ricas.  
Y á respetuosa distancia,  
Si aun quedan, pobres familias  
Cariñosas las aplauden,  
Envidiosas las admiran.  
Doña Leonor solamente  
Aun no ha dejado su silla,  
Y algo tiene su semblante,  
Que inquietud interna indica;  
Por más que afable en sus labios  
Brille apacible sonrisa,  
Que á los saludos y obsequios  
Corresponde agradecida;  
Y que ni un punto deponga  
La reserva noble y digna,  
Que corresponde al orgullo  
De su encumbrada familia.

Ya en Oriente albo destello,  
Y una nube purpurina  
Anunciaban que la Aurora  
Del mar tirreno salía;  
Cuando el padre y los hermanos  
De doña Leonor divina,  
Acompañando á un mancebo  
De cortesana hidalgúa,  
Y del más vistoso traje,  
Y de figura expresiva,  
Se acercaron gravemente  
A la hermana y á la hija;  
Y pidenle cariñosos,  
Mas con voz imperativa,  
Que con aquel caballero,  
Que para suyo destinan,  
Salga á animar con su garbo,  
Su beldad y bizarría,  
El fin de la alegre danza,  
Pues que ya la noche espira.  
Ella, aunque el alma le parte  
Y el pecho le martiriza  
Tal mandato, disimula  
Discreta, sagaz y lista.  
Y aunque alguna excusa intenta  
Balbucir, la llama altiva  
Que en los ojos de su padre,  
Anunciando enojo, brilla,  
Le aterra; y cubriendo astuta  
El disgusto que la agita,  
En pié se pone gallarda  
Entre universales vivas.

Apénas en pié se puso,  
Al lado del caballero,  
Doña Leonor Bejarano  
Con noble y turbado aspecto,  
Y en torno un circo formaba  
El regocijado pueblo,  
Para darles el tributo  
De aplausos y acatamientos;  
En el rincón de la plaza  
Donde estaban en silencio  
Los tres hombres embozados,  
Tronó alarido tremendo.  
Y los tres hombres las capas  
Arrojando á un mismo tiempo,  
Y mostrándose vestidos  
De coseletes de hierro,

Con la presteza del rayo,  
Confusion sembrando y miedo,  
En la mano los estoques  
Vuelan de la plaza al centro.  
El desórden, la sorpresa,  
Turban el concurso inmenso;  
Huyen niños y mujeres  
Con pavorosos lamentos.  
Unos á otros se atropellan,  
Sin saber dónde está el riesgo.  
Los hombres se arremolinan  
Ignorando qué es aquello.  
Se oyen gritos espantosos,  
Desnúdanse mil aceros,  
Puertas ciérranse y balcones  
Con presteza y con estruendo.  
Doña Leonor se desmaya  
En brazos del caballero;  
Cuando los tres agresores  
Llegan, y el más jóven de ellos  
Al dichoso le traspasa  
De horrenda estocada el pecho.  
Y miéntras de ardiente sangre  
Inunda la tierra el muerto,  
Los otros dos animosos  
Asen con feroz denuedo  
A la exánime doncella  
Y arrebátanla violentos.  
A darle tardo socorro  
Llegan su padre y sus deudos;  
Y pasmados reconocen  
En el osado mancebo,  
De la estirpe *Bejarana*  
Al enemigo más fiero,  
Y de los *Portugaleses*  
Al más gallardo y soberbio.  
Arrójanse á la venganza...  
Mas ¿qué pueden sus esfuerzos,  
Desarmados, sorprendidos  
Y con sayos de festejo;  
Si los del contrario bando,  
Traidores llevan cubiertos  
Con las galas los arneses,  
Para combate dispuestos?  
¡Traicion!!! ¡Traicion y venganza!!!  
Gritan furiosos aquellos.  
¡Muerte!!! ¡Sangre y exterminio!!!  
Con altivas voces estos...  
Del gran rey don Sancho el Bravo,  
Rotos quedan los conciertos,  
Y de la civil discordia  
Reanimados los incendios.